



FICHA DEL LIBRO

Franco. Un balance histórico

AUTOR

Pío Moa

EDITORIAL

Planeta; Barcelona; 2005; 208 páginas.

Pasados 30 años de la muerte de Francisco Franco resulta absurdo tratar de emplear su figura como motivo de enfrentamiento ideológico. Por tanto, es ilógico presentar al antiguo dictador como un personaje vulgar, mediocre, de escasa inteligencia. Pero, igualmente, es ridículo realizar, en la actualidad, una loa irreflexiva, acrítica, que nos presente a Franco como “salvador de la Patria” o casi un héroe medieval al modo de las novelas de caballerías. El autor de este libro afirma que trata de realizar “un ensayo sobre la significación histórica de Franco.” Pero, en realidad, su libro se acerca mucho a la segunda postura citada: la visión heroica del personaje.

Conozco bien a Pío Moa. He debatido con él en varias ocasiones y he examinado varias de sus obras. Nunca me gustaron sus planteamientos, pero he de confesar que cuando comencé a leer la introducción de este libro, pensé que, en esta ocasión, Moa iba a presentarnos un trabajo más razonable, más riguroso que el resto de sus obras. Lamentablemente me equivoqué. Estamos en más de lo mismo. Aseveraciones gratuitas, descalificaciones sin fundamento a quien opina distinto, afirmaciones sin sustento argumental, juicios tan categóricos como incluso temerarios; y mucha provocación. El presente no es un libro de historia es, en muchos de sus pasajes, una constante provocación.

Porque provocar es, por ejemplo, reducir la serie de bombardeos durante la lucha en Vizcaya a exclusivamente el de Guernica en el que, según él, “sólo” hubo 126 muertos (falso). Moa olvida el resto de bombardeos inmisericordes de los franquistas en distintos pueblos de Vizcaya en esa primavera de 1937. Es más, según él, sólo fueron responsables los alemanes e italianos (pág. 71). Parece que para Moa el líder indiscutible de la España nacional no pintaba nada en la Campaña del Norte. ¿Alguien se lo cree?

Como suele ser habitual cuando un autor se afana por incensar a un personaje se olvida todo aquello que no contribuye a ese objetivo laudatorio. Afirmar que, para concluir la guerra civil, “Franco no admitió otra salida que la rendición incondicional” (pág. 75) es media-verdad. Esto lo hizo, pero después de faltar a su palabra dada al coronel Casado mediante un conocido documento (que el autor olvida) llamado “Concesiones del Generalísimo” fechado el 5 de febrero de 1939, cuyo título es explícito de las buenas intenciones expresadas por Franco pero, eso sí, olvidadas mes y medio después en las negociaciones de Gamonal (Burgos), donde el general gallego faltó a su palabra.

Provocar es hacer juicios temerarios sin fundamento, algo muy frecuente en este libro. Olvida Moa que los historiadores no analizamos lo que “podría haber pasado si...” No es hacer Historia pretender juzgar la represión del franquismo, que fue real, en función de que “de haber ganado ellos [los republicanos] la contienda, (...) [la represión] no diferiría mucho, con toda probabilidad...” (pág. 91), o afirmar que la represión del Franquismo fue menor en la inmediata posguerra “con toda probabilidad, que la que hubieran aplicado sus adversarios de haber ganado” (p. 96) ¿Es que el señor Moa tiene una bola de cristal? Esto es “historia ficción” pero no Historia. Y roza la inmoralidad pretender disculpar la represión, la página más negra del Franquismo posiblemente, porque –según Moa- hay que “analizarla en su contexto histórico, más bien que ponerla en contraste con exigencias de perfección ética.” (Pág. 91) Sencillamente impresentable. La Historia analiza la acción humana en sociedad y evidentemente no puede prescindir del análisis del comportamiento de las personas sin olvidar el conjunto de normas morales que rigen la conducta humana, que no otra cosa es la ética.

No es admisible, para atenuar el exceso de la represión franquista en los años siguientes a 1939, presentar que la realizada por el nazismo o el estalinismo fue superior (pp. 94-95). Es un argumento mezquino y, como tal, inaceptable. Ahora va a resultar que Franco no es tan malo porque “sólo mató” a quienes mató; ahora va a resultar que el juicio moral de algo como la represión se mide en función del número de muertos que tal represión logró alcanzar. Es más, en el colmo de la insensatez, el autor insinúa (p. 95) como justificación, que, al fin y al cabo, tan sólo se siguió el ejemplo de la represión de la República francesa tras la Comuna de París: “aquella represión salvaje había salvado Francia y garantizado la paz social para largos años”... Parece pretender el autor que el lector piense que al final lo que hizo el Franquismo al poner en práctica esa re-

presión fue tan positivo como lo que logró aquella república francesa. Sencillamente es una justificación deleznable.

De todas formas, es habitual en Moa, en este libro y en otros, acudir al argumento del tipo de que “otros fueron peores” lo cual -para él- convierte en aceptable aquello de lo que habla. Así, cuando se refiere a las depuraciones de funcionarios (p. 96) no proporciona una explicación histórica. Simplemente concluye que en el Franquismo no fueron tan malas porque –según él- las de la República fueron peores o las políticas represivas que en otros lugares se aplicaron en esos años treinta fueron más duras. Es decir, como otros detuvieron y encerraron más, tuvieron más cárceles o campos de concentración o estos fueron más insalubres o simplemente mataron más gente (si es que todo esto fue realmente como el señor Moa dice, claro), el régimen de Franco no fue tan malo.

También Pío Moa trata de “salvar” el carácter dictatorial del Franquismo. Para el autor no es tan censurable porque “la realidad –según Moa- demostró que no había alternativa a él.” Esto lo fundamenta en que sus oponentes “eran en realidad mucho más totalitarios que él”. (p. 188) De nuevo una falsedad o, como poco, una afirmación gratuita. Porque lo que sí sabemos es que Franco fue autoritario; y del exilio conocemos que los que se tuvieron por sus herederos en 1975 no se han mostrado como totalitarios.

Y, en relación con esa obsesión por la República -cuando en el título y la introducción de la obra anunciaba que iba a escribir sobre Franco (¿?)-, Moa no escatima esfuerzos al intentar descalificar lo republicano, y en especial los dirigentes republicanos o quienes en el mundo apoyaban la República (pp. 98 a 100 son muy significativas a este respecto). Parece como si olvidara que el motivo por el que ha convocado a los lectores ante su libro es hablar de Franco y su régimen. Y también cuando escribe –en exceso- sobre la República se despacha con descalificaciones sin apoyo argumental alguno. Por ejemplo, ha deci-

dido que el presidente mexicano Cárdenas era "conocido por su corrupción". Hubiera sido conveniente que justificara tal afirmación, cosa que no hace.

No dejan de salir otros fantasmas particulares del señor Moa, ya presentes en algunos de sus otros libros como la idea de que "la lucha fratricida, [fue] provocada por las izquierdas" (p. 113). Esta afirmación, así realizada, es insostenible y sólo producto de la habitual visión maniquea de la Guerra Civil que, desde hace años, nos viene presentando el señor Moa en sus libros e intervenciones públicas.

Y en su obsesión por presentar a Franco casi como el gran estadista, llega a cosas tan absurdas como insinuar una simpatía de Churchill con el comunismo o con Stalin (p. 130-131) lo cual significa no entender nada de la política de los aliados europeos durante la segunda mitad de la Segunda Guerra Mundial

La desfachatez llega incluso a la forma de escribir. Moa se refiere a los Estados Unidos de América como "Usa". Esto es una incorrección inaceptable en un libro serio. ¿Qué sentido tiene emplear ese acrónimo que es inglés? Parece que ninguno.

Tampoco debe el autor leer o estar al tanto de las más recientes investigaciones. A estas alturas, escribir que el Franquismo sufrió un "boicot internacional" (p. 139) simplemente no se sostiene. El Régimen de Franco fue tolerado. Ciertamente, mucha parte fue mérito del propio Franco, tal y como es verdad Moa señala (p.135), porque el dictador español supo leer muy bien la realidad de la posguerra en Europa de 1944 a 1948, sobre todo. Franco se dio cuenta de que la apuesta anticomunista le granjearía la aceptación de las dos potencias, estadounidense y británica, lo cual arrastraba inevitablemente la de Francia. Por ello, el supuesto boicot fue mera palabrería de políticos y hombres de Estado que así mantenían una pose de "demócratas" mientras en su acción política (especialmente los estadounidenses y los británicos o el mismo De Gaulle) no

manifestaban ningún interés por desestabilizar al gobierno de Madrid dado que les daba más miedo la alternativa, el exilio republicano.

Lógicamente, esa obsesión por la República (en un libro que –teóricamente- es sobre Franco, no olvidemos) no podía olvidar a ese exilio. Y vuelven las afirmaciones gratuitas. Encontramos que se afirma (en interrogación retórica, p. 139) que al menos la mitad de los españoles detestaba a los políticos del exilio (¿?)... pero no aporta ni un solo dato que avale tan peregrina idea. O utiliza la expresión "con la mayor evidencia" (p. 140) para afirmar que de producirse la caída de Franco, que pudiera ocurrir como consecuencia del éxito del (supuesto) boicot y del (supuesto) aislamiento internacional, no habría traído una democracia estable, sino nuevos disturbios y hasta una guerra civil. ¿También el señor Moa saca a aquí su particular "bola de cristal"? Porque tampoco aporta ni un solo argumento que avale esta afirmación. Quizá porque es imposible ya que eso no paso, y el señor Moa debería saber que los historiadores analizamos el pasado, pero el pasado real, el que paso, no el que pudo pasar. No es serio, al menos si de Historia hablamos, plantear conclusiones sobre cosas o hechos que no sucedieron, que no pasaron. Eso es especular, pero no hacer Historia.

Y, con frecuencia, las medias verdades... como que España fue excluida del Plan Marshall (p. 142). El Franquismo no participó del mencionado programa de ayuda a Europa porque, el autor debería saber, que este sólo se destinaba a los países que habían sido beligerantes en la guerra mundial, y ese no era el caso de España. Y afirmar esa supuesta exclusión de ayuda americana es una verdad a medias porque España sí recibiría dólares estadounidenses, aunque no se llamaran Plan Marshall, y lo recibiría a través del Banco Import-Export.

Además, cuando hay tanto exceso de lo irreflexiva, el subconsciente suele traicionar. Así, cuando Moa enumera los ele-

mentos en los que él concreta “una notable calidad de vida” se detiene en una docena... y curiosamente en ningún momento cita la libertad (p. 160). Llamativo. Es indudable que el Franquismo trajo cosas buenas a España. Moa enumera varias, pero olvida algo esencial para el ser humano, que forma parte de su propia dignidad: la libertad. Eso no está entre los caracteres que atribuye a la dictadura franquista... A Moa le parece la libertad irrelevante, parece ser.

Y, por último, no faltan en este libro las ya conocidas –y viejas– obsesiones del autor. No es serio afirmar que Franco derrotó tres revoluciones (p. 189). Debe saber Moa que la del 34 fue un encargo del gobierno al general, no fue una iniciativa de Franco; la sublevación del 36 no fue una respuesta a una revolución porque esta,

de hecho, no se produjo, no fue más que una fabulación o un pretexto de propaganda a posteriori de la España sublevada, nacional o franquista, y la tercera que cita, el maquis, no tenía tanta fuerza como el señor Moa nos quiere hacer creer, y es una exageración calificarla de revolución. Seamos serios.

En suma, Esta obra hace de Moa no un historiador sino más bien, un propagandista de un régimen desaparecido hace treinta años. El “balance histórico” con el que subtitula su libro es fundamentalmente un “balance”, el suyo, personal e intransferible, pero, eso sí, en ningún caso, histórico. Un libro perfectamente prescindible.■

POR Javier Cervera Gil
Universidad Francisco de Vitoria